

LA INCREÍBLE HISTORIA DE PETE MARAVICH

PISTOL

MARK KRIEDEL

Traducción de David Fernández

CONTRA

Pistol. The Life of Pete Maravich © 2008, Mark Kriegel.
Todos los derechos reservados. Publicado según acuerdo con el editor original, Free Press, una editorial de Simon & Schuster, Inc.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho
Traducción: David Fernández
Diseño: Endora Disseny
Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Noviembre de 2016
© 2016, Contraediciones, S.L.
Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª
08017 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

© 2016, David Fernández, de la traducción
Foto de cubierta: Pete Maravich, momentos después de convertirse en el máximo anotador de la historia del baloncesto universitario. A la izquierda, con el pelo corto está su padre, Press. (AP Wirephoto)

ISBN: 978-84-945612-4-5
Depósito Legal: DL B 22.365-2016
Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Después de tanto hablar de padres e hijos,
al final fue una hija quien me salvó:
este libro está dedicado a Holiday Mia Kriegel.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

9

I. UNA OPORTUNIDAD ESPECIAL

13

2. «MR. BASKETBALL»

23

3. DEPORTE PROFESIONAL

39

4. EL CULTO A PRESS

51

5. «LOS TERRATENIENTES»

65

6. EL GEN DEL BALONCESTO

75

7. EL DIABLO EN RONNIE MONTINI

85

8. «PISTOL PETE»

91

9. CAMBIAR EL DEPORTE

103

10. LA CORDURA

121

11. EL REY DEL PALACIO DE LAS VACAS

139

12. LA HORA DEL ESPECTÁCULO

149

13. UNO DE LOS NUESTROS

175

14. UN HOMBRE FICHADO

189

15. LOS HALCONES NEGROS

203

16. LA INSOPORTABLE BLANCURA DE SER PETE

219

17. LLEVADME CON VOSOTROS

239

18. ASFIXIA

259

19. UN SOLO DE JAZZ

267

20. EL PERDEDOR

291

21. LLEVADME CON VOSOTROS (2.^a PARTE)

307

22. SUBLIME GRACIA

331

23. LEGADO

337

Escucha, ojos míos, cuida lo que es tuyo, la base.

*Un padre a su hijo
en una vieja canción serbia.*

La radio estaba encendida y daban las noticias de la mañana. Me impresionó mucho enterarme de que Pete Maravich, el jugador de baloncesto, se había desplomado en una cancha en Pasadena. Se cayó y ya no se levantó. Había visto jugar a Pete Maravich en Nueva Orleans, cuando los Utah Jazz eran los New Orleans Jazz. Era digno de contemplar, con su pelambreira castaña y sus calcetines holgados: el terror del mundo del baloncesto, el mago que parecía volar sobre la pista [...] Podía jugar a ciegas.

*Bob Dylan, del primer volumen
de su autobiografía, Crónicas.*

PRÓLOGO

5 de enero de 1988

NO PUEDEN VERLO, AL HOMBRE ENCORVADO y pálido que está en medio. Ante sus ojos distraídos, sigue siendo el mismo, indemne al paso de los años, casi con el mismo aspecto con el que aparecía en su primer cromo: el joven mago de ojos tristes, peinado a lo Beatle, con un balón de cuero granulado contra el pecho.

Uno de los habituales, un censor jurado de cuentas, había encontrado la estampa la noche anterior. Estaba en una caja de zapatos, guardada junto con un viejo tren de juguete y un fuerte de madera en un recoveco del sótano de sus padres. Aquella mañana se lo había llevado al pabellón para que se lo firmaran, o, quizás, en cierto sentido, para que se lo santificaran. El cromo de Pete Maravich en 1970, en su primer año, a quien los Atlanta Hawks acababan de ofrecer el mejor contrato de la historia del deporte profesional, incluía unos datos fuera de lo común: Maravich había sido entrenado por su padre, bajo cuya tutela se había convertido en «el mayor anotador de la historia del baloncesto universitario».

Otras estadísticas excepcionales aparecían en letras grandes: una media de 44,2 puntos por partido, con un total de 3.667 puntos (cuando nadie más había alcanzado los 3.000). Son récords insuperables. Y aun así, no bastan para delinear adecuadamente el contorno del mito Maravich.

Hasta el censor jurado de cuentas, para quien la aritmética es una

vocación, es consciente de las limitaciones de las cifras. No existe el número que represente la magia ni la memoria. «Era importante para nosotros», diría el hombre.

Maravich no fue un arquetipo, fue varios: el niño prodigio, el hijo pródigo, el precio que pagó su padre en un pacto faustiano. Fue una figura contradictoria, siempre a contracorriente: la esperanza blanca de un deporte negro, un virtuoso atrapado en una orquesta, un *showman* exuberante incapaz de mirar a la gente a los ojos, un borracho vegetariano, un atleta que vivía como una estrella del rock, un genio despilfarrador y suicida salvado por Jesucristo.

Con todo, su caricatura es lo que despierta el afecto incondicional entre hombres de una cierta edad. «Pistol Pete», lo llamaban, el pistolero. Pistol es otra reliquia de los setenta, como las cachimbas o las películas de Bruce Lee: el flacucho que deslumbró al mundo del baloncesto con sus movimientos de Globetrotter, calcetines holgados y pelazo.

Pistol Pete era, de hecho, la visión de su padre, construida según las especificaciones exactas del progenitor. Press Maravich era serbio. Las ideas y las palabras se le ocurrían en su lengua materna, y así es como uno se lo imagina hablándole a Pistol (sí, él también lo llamaba por su apodo), como un padre que se dirige a su hijo en una antigua canción serbia: *Cuja me sine oci moje, Cuvaj ono sto je tvoje... Escucha, ojos míos, cuida lo que es tuyo, la base...*

El partido es una celebración en honor a su figura. Pistol es patrimonio no solo de los Maravich, sino de todos los niños estadounidenses que juegan a este deporte estadounidense. El chirrido de las zapatillas sobre el parqué produce un gorjeo peculiar, melódico. Luego está el ritmo, la respiración de unos hombres que dejaron atrás la plenitud de la vida, un puñado de tipos blancos: el censor de cuentas, el vendedor de seguros, los economistas, incluso un cura o dos. «Una banda de patosos», suelta uno. «Un hatajo de viejos gordos», dice otro con sorna.

Pero juegan como si Pistol Pete, o lo que queda de él, pudiera revivir a los chicos que una vez fueron. Le muestran sus respetos

con una floritura superflua, un vestigio de vanidad adolescente: un pase de más por la espalda o un bote innecesario entre las piernas. El sacerdote, un hombre de voz suave y buena reputación en círculos evangélicos, resulta ser competitivo como él solo. Tras encestar un lanzamiento, se le oye bramar: «¿Lo has grabado?».

El Parker Gymnasium de la Primera Iglesia de los Nazarenos de Pasadena podría pasar por un buen pabellón de instituto: un espacio despejado y cavernoso con vigas de madera arqueadas y grandes ventanales. Al atardecer, las lámparas halógenas se encienden y proyectan un resplandor hacia el mundo exterior, un faro para almas en busca de un partido. De niño, a Maravich le habría parecido estar en el cielo. Ahora, es más bien una estación de paso.

Pete empieza a medio gas. Hace tiempo que no juega y se mueve a un cuarto de velocidad, si llega. No salta, arrastra los pies. Parece que le pelota le pese; la segunda vez que lanza a canasta casi no toca aro.

Pero, poco a poco, a medida que el ritmo de su respiración se acompasa con la de los demás y comienza a sudar, Pete Maravich empieza a ser él. «Podías entrever su grandeza en la forma como manejaba el balón», rememora el censor de cuentas. «De vez en cuando, hacía un movimiento rápido con las manos; un dribbling o algo similar. Podías ver un destello de esa grandeza en sus manos. La rapidez del ritmo.»

Había algo genial en ese ritmo peculiar, una cadencia inesperada, un cierto compás. El talento de Pistol, ahora igual que entonces, era musical. Tenía la soltura de Mozart —su manera de jugar se elevaba a la altura del lenguaje—, pero lo vendieron como a Elvis: el blanco que actuaba en un espectáculo negro. Y, como el Rey, hubo un tiempo en que perdió la cabeza.

Una vez, en un intento de establecer contacto con extraterrestres, pintó un mensaje en su tejado: «Llevadme con vosotros».

Liberadme, quería decir.

Ahora el censor de cuentas intenta zafarse de Pete con un reverso excelente. Pete le dice que no se lo crea demasiado.

Pistol sonríe con indulgencia. Estos jugadores son hombres que leen la Biblia. Pero quizás la verdad de esta mañana se encuentre en

el Corán: «Sabed que la vida de este mundo no es más que un juego y un pasatiempo».

Pete encesta una.

Otra vez esa sonrisa. Será bobo.

El partido termina. Los jugadores caminan fatigosamente hacia la fuente. Pete continúa tirando.

Ahora uno se pregunta qué debe de estar viendo. ¿Será como se lo imaginaba? «El espacio se abrirá», dijo Pete en una ocasión. «Más allá estará el cielo y, cuando entres, el espacio volverá a cerrarse y estarás allí... en un lugar maravilloso... todos a quienes conociste alguna vez estarán allí.»

De regreso a la Tierra, el sacerdote pregunta a Pete Maravich cómo se siente.

«Estoy de maravilla», contesta.

En breve sonará el teléfono en Covington, Luisiana. Un niño de cinco años oye el alarido punzante de la criada. Entonces la buena de Irma conduce al chico y a su hermano a otra habitación. El niño cierra la puerta tras de sí y se mira en el espejo. Tiene los mismos ojos que su padre. Lo dice todo el mundo. *Ojos míos, cuida lo que es tuyo*. Cuida lo que pasa de padres a hijos y de hijos a nietos.

El niño mira más allá de sí mismo y entonces lo sabe:

«Mi papá está muerto.»

I

UNA OPORTUNIDAD ESPECIAL

PRESS MARAVICH, CON ENTONCES CATORCE AÑOS, aparece en el *Condor* de 1929, el anuario de la escuela del distrito de Aliquippa, Pennsylvania. Sale en la página 48, a la derecha del todo, en una fotografía del «Grupo de Oportunidades Especiales de la señora Thompson». De un vistazo, uno entiende que esas «oportunidades» son solo un eufemismo aplicado a los treinta y nueve niños que Catherine Thompson tenía a su cargo. Salta a la vista la chica grandota que extiende los brazos hacia abajo, con las manos delante del vestido como si esperara a que la esposaran. Luego está la chica de la fila delantera con la cabeza ladeada a un ángulo innatural. Y ¿qué se puede decir del chico con el traje mal entallado que inclina el tronco de manera tan rara? Son rostros desconcertados, perplejos, desconectados. Pero hay una excepción notable.

Lleva la cazadora abierta, el cuello de la camisa desabrochado y las manos relajadamente en los bolsillos. Puede que Press Maravich escondiera un chicle en la boca. Pero tiene una expresión llamativa: la inconfundible mueca de los desafortunados, como si fuera el único que entiende el rumbo inexorable del porvenir, el destino evidente del Grupo de Oportunidades Especiales.

El porte es serio hasta la insolencia. Sus ojos anuncian lo que la boca calla:

«Estoy jodido.»

Press era el hijo menor de Sara y Vajo Maravich, de South Side en Pittsburgh vía Dreznica, una localidad serbia pedregosa y pobre de la provincia croata de Lika. El primogénito, Milan, tenía siete años cuando falleció el 28 de febrero de 1909. Las dos gemelas, Marija y Marta, murieron en abril de 1910. Tenían seis meses de edad. Velamir tenía solo cinco días cuando pereció, el 5 de septiembre de 1913. Un año y un día después, Petar, el niño al que se le acabaría conociendo como Press, fue bautizado en la Iglesia Ortodoxa Serbia de St. George, en 25th Street.

El paisaje de los barrios industriales de Pittsburgh como South Side estaba dominado por las acerías. Alguien dijo que «la medida más precisa para calcular nuestra potencia como nación [...] es nuestra capacidad para producir lingotes de acero». Pero vivir rodeado de fábricas de acero también podía acabar con el ánimo del más pintado. James Parton, redactor del *Atlantic*, se hizo famoso por describir Pittsburgh como «el infierno tras quitarle la tapa». «Seis meses viviendo aquí justificarían el suicidio», le dijo una vez el filósofo Herbert Spencer a su anfitrión, Andrew Carnegie.

La producción de acero consumía carne y sangre con la misma regularidad con la que gastaba mineral de hierro y caliza. La noche del 11 de marzo de 1918 ocurrió algo habitual: el conductor de una locomotora Dinkey murió al chocar contra un tren cerca de la acería n.º 1 de la empresa Jones & Laughlin's Southside Works. El doctor F. L. Thigpen, el médico que se ocupó de la víctima en el South Side Hospital, determinó que la causa de la muerte había sido «la conmoción y la hemorragia provocadas por la amputación parcial de la extremidad inferior derecha y las lesiones abdominales internas». El fallecido fue identificado por el vecino de la casa de al lado, Theodore Tatalovich, su *seljac*, un amigo de Creznica a quien conocía desde hacía veinte años. El 28 de marzo un jurado integrado por seis forenses dictaminó que la muerte había sido accidental. El informe forense se refiere al difunto por su nombre de pila anglicanizado: Alex. Tenía veintinueve años, estaba casado y era padre de un niño de tres años y medio, Press Maravich.

No hay modo de calibrar el trauma emocional que sufrió aquel

niño, ni si tuvo algo que ver con que lo incluyeran en el Grupo de Oportunidades Especiales de la señora Thompson. Sara Maravich volvió a casarse pronto, con un hombre llamado Djuro Kosanovich. Este había llegado a los Estados Unidos el 4 de diciembre de 1913. Como Vajo Maravich, también procedía de Dreznica y trabajaba en Jones & Laughlin (J&L). Djuro medía 1,75 metros, pesaba 113 kilogramos, tenía una cara mofletuda y llevaba el pelo cortado a lo cepillo. Era un hombre bronco, notorio por su afición a tragar cerveza y whisky en cuanto terminaba el turno en la acería. Cuando había bebido demasiado, emitía una especie de relincho, como un caballo.

Sara Kosanovich, como se llamaba ahora la madre de Press, dio dos hijos a Djuro: Sam en 1919 y Marko dos años más tarde. En 1925, se mudaron a Aliquippa, a unos treinta kilómetros al norte de Pittsburgh, en la orilla occidental del río Ohio. Nombrada en honor a una legendaria reina de los indios seneca, Aliquippa era supuestamente un modelo de ciudad industrial estadounidense, la respuesta a todos los males de Pittsburgh.

«Queremos que sea el mejor lugar para que un trabajador metalúrgico forme una familia», proclamó William Larimer Jones, vicepresidente y director general de Jones & Laughlin, acerca del origen de la ciudad fabril.

Sin embargo, no hizo demasiada distinción entre los intereses de las familias trabajadoras y los de «la Familia», como llamaban a los dueños de la empresa. Aliquippa no era una ciudad fabril más: era un experimento social de dimensiones descomunales que ponía a prueba los límites del paternalismo y el conformismo. Como condición para acceder a un puesto de trabajo, los empleados de J&L debían censarse y votar al Partido Republicano. Estaba prohibido afiliarse a los sindicatos. «En la ciudad, tenían un sistema de espionaje que me río yo del KGB», recuerda Joseph Perriello, quien ayudó a organizar a los trabajadores en los años treinta. Había informadores por doquier: en todos los bloques de pisos, en las iglesias, en los bares y en los clubes sociales. Un informe poco favorecedor podía provocar la visita de un agente local, normalmente diestro en el uso de la cachiporra. El cuerpo de policía de Aliquippa, de hecho, era casi una

filial de J&L, como podían serlo empresas como Woodlawn Water Company o Woodlawn Land Company.

Esta última era la rama de la Familia encargada de construir en Aliquippa. La ciudad se urbanizaba conforme a doce «planos». La parte norte de la población, los Planos número 1 y 2, incluían un área que ya hacía tiempo que se conocía como Logstown, donde la reina Aliquippa una vez esperó con impaciencia a George Washington. Ahora era la zona destinada a varios ocupantes: serbios, croatas y algunos italianos. El Plano número 3, por ejemplo, albergaba a alemanes, irlandeses e ingleses. Los directivos, conocidos como «zampabollos», vivían en el Plano número 6. El 7 era para los eslovacos, los ucranianos y los polacos. El número 8 lo habitaban trabajadores cualificados del norte de Europa. El Plano número 10 era el de los cuadros medios. En el número 11 vivían los polacos y los negros, o, como se decía entonces, «los de color». La empresa tuvo la gentileza de construir una piscina solo para ellos.

En la ciudad mandaba el comisario Tom Girdler. «Cuando pienso en lo bien que llevamos a la práctica la idea de la Familia, me siento orgulloso de haber participado en la construcción de Aliquippa», escribió.

El orgullo de Girdler por haber construido lo que él mismo describió como una «dictadura benévola» parece ser que le impidió ver el lado menos benévolo de la ciudad: la bulliciosa variedad de bares clandestinos, prostíbulos y casas de apuestas. En 1918, al cabo de cuatro años de reinado de Girdler, un tribunal supremo del estado escribió a propósito de Aliquippa: «Se dice que el lugar está habitado por extranjeros de escasa educación que acostumbran a llevar armas, que los asesinatos son habituales y que, cuando hay una disputa, la cuestión de quién será el asesino y quién el asesinado radica básicamente, si no exclusivamente, en la capacidad de sacar el arma más o menos rápido».

Aparte de esto, Aliquippa hacía daño a la vista. Mientras dejaba Pittsburgh en tren para dirigirse hacia el este, H. L. Mencken definió la región que rodeaba la gran ciudad como «el conjunto de ciudades y pueblos más feos que haya visto el ojo humano». Si bien Aliquippa

estaba al oeste de Pittsburgh, no habría decepcionado a Mencken, ya que su evaluación se basaba en «una fealdad continua y agonizante».

Las acerías Aliquippa Works de J&L se extendían por una superficie de 12 implacables kilómetros, limitada por un lado por el río Ohio y por el otro, por la línea de tren de Pennsylvania y Lake Erie. La acumulación de materias primas en los campos de las zonas ferroviarias formaba montañas de caliza, mineral de hierro y carbón, alternadas con montones de escoria. En cuanto las locomotoras se ponían a escupir vapor, los platos y las ventanas de las casas vecinas empezaban a traquetear, como ocurría en un domicilio del número 117 de Iron Street.

Allí se había instalado la familia Kosanovich junto con el pequeño Maravich. Su hogar, a los pies de una colina que dominaba las acerías, estaba en el extremo oriental del Plano número 2, lo más cerca que podía vivirse de la fuente de «fealdad agonizante». Desde Iron Street, el surtido de chimeneas —altos hornos, hornos de solera y convertidores Bessemer— casi podía tocarse con la punta de los dedos.

«El Plano número 2 era donde nadie quería vivir», recuerda Milo Kosanovich, sobrino de Djuro. «Era el que estaba más cerca de las vías del tren y de la acería. Habían construido los domicilios allí sin más: todo eran dúplex y pensiones. Todos bien apretados y lo más cerca posible de la fábrica.»

Había que barrer los porches dos veces al día para sacar el «azúcar negro», un hollín granulado procedente de los altos hornos. Caminar por Iron Street era sentir como el azúcar negro crujía bajo los pies. Y mirar hacia el horizonte era ver un cielo naranja en llamas. Los convertidores Bessemer, unos recipientes con forma de pera que parecían cañones achaparrados, se inclinaban y escupían llamaradas colosales.

La gente venía de todas partes para contemplar aquella iluminación. En los pueblos cercanos, los vecinos decían a los habitantes de Aliquippa: «Mira, se quema tu pueblo». Con el resplandor constante, era difícil saber si era de día o de noche.

En Hopewell Avenue, cerca de la Escuela de Primaria Logstown, los chicos como Press jugaban hasta pasado el atardecer bañados en la luz que emitían los Bessemer. A los chavales de Logstown se

les consideraba los más agresivos y competitivos de toda Aliquippa. «Muchas veces me he preguntado cómo les afectó aquello a hombres como Press y mi padre. ¿Cómo debía de ser crecer bajo un cielo naranja?», dice Sharon Danovich, antigua habitante de Aliquippa.

«Siempre recordaré aquella frase: ‘Si el Bessemer luce, Aliquippa crece’», cuenta Lazo Maravich, amigo íntimo y vecino puerta con puerta de Press. «Mientras el Bessemer escupiera llamas y ceniza, sabías que había trabajo. Era como un faro. Para la mayoría de la gente de por aquí, la vida estaba bastante predeterminada.»

El horno iluminaba un camino hacia lo inevitable, un destino común para padres, hijos y nietos. Los chicos se preguntaban unos a otros: «¿Adónde vas a ir cuando acabes el instituto?». Pero en realidad sabían la respuesta, puesto que casi siempre era la misma: «Al otro lado del túnel».

El túnel era de hecho un viaducto, una cámara de eco que separaba Franklin Avenue y la acería. El hombre que lo atravesaba fatigosamente por primera vez oía cómo sonaría el resto de su vida.

Mientras tanto, chicos como Lazo y Press se divertían todo lo que podían. Eran de la misma edad, del mismo clan, ya que los padres de ambos eran Maravich de Dreznica. A los anglohablantes y a los «zampabollos» les decían que eran primos. De hecho, Lazo era como un hermano. Press se sentía más cercano a él que a sus hermanastros.

Mary Cribbs, Yovich de soltera y vecina de Iron Street, recuerda a Press como «el único chaval de la manzana que no tenía hermanos». Preguntada acerca de los hijos de Kosanovich, Marko y Sam, responde: «Me refiero a hermanos de verdad».

Siempre hubo una distancia entre Press y los Kosanovich. Sara, madre de todos los niños, era buena cocinera. Sabía hacer que un plato de judías con *sauerkraut* supiera a gloria. Con un poco de col, patatas y un trozo pequeño de carne, preparaba una buena olla de sopa sustanciosa. Pero no era una mujer resuelta, ni supo tender un puente entre su familia pasada y la presente.

Djuro Kosanovich había aceptado al hijo de Sara, pero no lo había adoptado. «No creo que la relación fuera muy buena», rememora Helen Kosanovich, esposa de Marko.

«No tenían relación», asegura Sarah Kostal, una vecina. A la pregunta de si Press —el único de la casa con un apellido distinto— alguna vez se consideró un Kosanovich, contesta sin pestañear: «Nunca».

Por lo que parece, el sentimiento era mutuo. Cuando solicitó la nacionalidad estadounidense, Djuro Kosanovich declaró que tenía dos hijos, Marko y Sam, sin mencionar a Press.

Los estadounidenses de primera generación como Press y Lazo se vieron atrapados entre las viejas y las nuevas costumbres. Como buena muestra de respetabilidad del Viejo Mundo, ambos asistieron a clases de música: el banjo para Press y el violín para Lazo. Pero a los niños les daba vergüenza tocar esos instrumentos. Ellos querían jugar, un tipo de actividad que los hombres de la Vieja Europa jamás entenderían. Jugaban a fútbol americano y a *mushball* (como el softball, pero con una pelota más grande y esponjosa) y también a churro, media manga, mangotero. También improvisaban una canasta de baloncesto clavando una cesta de unos 50 litros de capacidad a un árbol y envolviendo una pelota de goma con harapos.

«Nadie tenía una pelota de baloncesto o de fútbol americano de verdad», recuerda Lazo. «Y nadie se compraba juguetes. Todo era hecho a mano.»

En invierno, se calentaban colocándose encima de las alcantarillas. O encendían un fuego y holgazaneaban junto a las vías del tren hasta que la policía los echaba. «Nos tiramos muchas horas en aquellas vías del demonio», cuenta Lazo.

Regresaban de clase de música por las vías, no fuera a ser que alguno de sus amigos de Logstown los viera con aquellos instrumentos tan fifis. Por las noches, subían los escalones del lateral de los vagones, tiraban un poco de carbón al suelo y se lo llevaban a casa a todo correr. «No lo hacíamos por estafar a la empresa», aclara Lazo. «Ni tampoco era una travesura. Era para nuestras familias. Los hombres ganaban 33 céntimos la hora. Cuando se trataba de la supervivencia de la familia, todo el mundo contribuía.»

Mascaban tabaco desde la adolescencia. La mayoría de chavales consumía la marca Copenhagen. Press no, él mascaba Mail Pouch; y

a todas horas. Press tenía sus propias ideas, que eran muchas, en realidad. Y no le daba miedo expresarlas. Se decía que aquel niño bautizado con el nombre de Petar traía más noticias que el *Pittsburgh Press*. Y de ahí le vino el apodo.

Por desgracia, sus profesores no supieron ver la sabiduría de las opiniones que con tanta pasión sostenía. «Dijeron que Press tenía dificultades de aprendizaje, que no leía con la suficiente rapidez», cuenta Lazo, quien, al echar la vista atrás, se pregunta si tal vez Press fuera disléxico. ¿O tal vez fue víctima de la desidia del sistema escolar? Al cabo de tantos años, recordarlo todavía hace que a Lazo le hierva la sangre: «Lo estigmatizaron. Lo rechazaron. Lo marginaron como si fuera un inútil».

De eso trataba el Grupo de Oportunidades Especiales de Catherine Thompson al que lo habían mandado. Ni siquiera sus mayores aspiraciones dejaban nada para la imaginación. Se le consideraba un zoquete sin padre cuya vida transcurría bajo un cielo naranja. Podría decir gracias si un día cruzaba el túnel y se pasaba las jornadas esquivando salpicaduras de metal ardiente. Por supuesto, eso Press ya lo sabía. Aquel día de 1929 en que se tomó la fotografía de clase, él ya se había dado cuenta.

Ese mismo año el señor Ernest Anderton y su esposa llegaron al barrio para dirigir la Misión Logstown, una antigua iglesia luterana afincada en una casa blanca situada en la esquina de Iron Street con Phillips Street. El señor Anderton, un agente de seguros de Beaver Falls de origen británico, pertenecía a la Iglesia Presbiteriana del Condado de Beaver, pero era seglar.

«Anderton se preocupaba por los jóvenes», afirma Mary Cribbs. «Quería que conocieran a Dios y que no estuvieran en la calle.»

«Era un hombre delgado con una buena mata de pelo que tenía una incapacidad en un brazo. Era una muy buena persona», opina Lazo Maravich, quien ha vivido toda la vida en Aliquippa. «No quería que empezáramos a apostar, beber y todo eso.»

Puede que Logstown fuera pobre en recursos, pero era rica en almas jóvenes por salvar. Y la misión de Anderton, que se benefi-

ciaba de la generosidad de la familia J&L, ofrecía toda una serie de incentivos para llevar a la juventud por ese camino. En plena Gran Depresión, se formaban colas de adultos para recibir sopa y de niños para obtener leche con galletas. A veces había incluso helado.

«Me daba cosa que me vieran allí», rememora Lazo, pero tenía demasiada hambre como para negarse.

La señora Anderton enseñaba a las niñas a coser. Los niños se reunían en la sala de juegos para jugar a la pulga o al ping-pong, al que el señor Anderton era un gran aficionado. Los miércoles por la noche se celebraba la Noche de Iniciativas Cristianas, en la que se pasaban diapositivas sobre escenas bíblicas.

Pero el gran aliciente de la misión era que tenía una cancha de baloncesto en el espacio principal. Sus dimensiones eran modestas, unos 15 metros de largo por 7 de ancho. Los chicos jugaban en el mismo lugar donde rezaban. Para ello, se apartaban el estrado, los bancos y las sillas (a diferencia de la iglesia serbia de St. Elijah, no había iconos ni adornadas cruces doradas ortodoxas). En el suelo se habían pintado las líneas de tiro libre y los límites de la pista. Era una cancha de madera lisa y buena, no de tierra ni de pavimento con socavones. Uno no corría peligro de estamparse contra los peldaños metálicos de un poste de la luz. La pelota estaba hecha de cuero, era un balón de verdad, no una bola de harapos. Y tampoco hacía falta usar una cesta para el grano.

«Había canastas de verdad, con su red, su aro y su tablero de madera: todo», recordaba Press. «Cuando vimos aquellas canastas en la iglesia, tuvimos la sensación de estar en una pista profesional. Fue muy emocionante para nosotros.»

Si el diablo podía hacer pactos para conseguir almas, lo mismo podía hacer Ernest Anderton. Este era el trato: los chicos podían jugar todo lo que quisieran siempre y cuando acudieran a la escuela presbiteriana cada domingo.

Y así fue como Press se volvió devoto de la noche a la mañana. Cantaba salmos, leía la Biblia e iba a la escuela dominical. «Hacía lo que fuera por tener un balón en las manos, cualquier cosa mientras pudiera jugar un par de horas más en la misión», dice Lazo. «Aquello le dio una motivación. Y el baloncesto se convirtió en su vida.»

Por qué o de qué modo aquel deporte inspiró a Press Maravich es otro misterio de la fe. Los efectos, por el contrario, eran evidentes. Aquel juego —algo relacionado con sus ritmos y su geometría— le liberó el cuerpo y desbloqueó su cerebro, talento y carisma. Su devoción fue obsesiva, curativa y, al final, liberadora.

La cadencia del baloncesto era música para sus oídos, el *Himno a la alegría* de Press.

A diferencia de otros chavales de la misión, Press Maravich nunca sintió la necesidad de realizar una confesión de fe y aceptar a Jesucristo como su Señor.

Él ya había encontrado a un salvador. Y no era el hijo de Dios precisamente.